



que en mi insaciable arrebato pueda embriagarme de amor en tus húmedos labios. Si, tu aliento ha penetrado hasta mi corazón y ha encendido la llama de la voluptuosidad. Encantador objeto de mi tierno frenesí recibe toda mi alma en este beso (1).»

Juzgue el lector cual de los dos poetas expresa con más entusiasmo su pasión. Los dos parece que comunicaron á sus versos el fuego del sol que brilló sobre su cuna (2).

Hubiera sido interesante ver como Alceo, expulsado de Mitylene por una revolución, cantaba las miserias del destierro y de la tiranía; mas por desgracia no se conserva ya ninguna producción de este poeta (3).

Esopo floreció también en aquella célebre época. Paseándose un día por Atenas y viendo que unos ciudadanos se impacientaban bajo el yugo de Pisistrato, les dijo:

«Cansadas las ranas de la independencia que gozaban pidieron un rey á Júpiter. Este se burló de su insensata petición. Redoblaron ellas su importunidad y el señor del olimpo tuvo que acceder á sus clamores. Arrojárles un madero que al caer estremeció las aguas del estanque. Las ranas llenas de terror guardaron por de pronto un profundo silencio; luego con el pretexto de saludar al nuevo rey se le fueron arrojando poco á poco hasta que perdido enteramente el miedo, cometieron actos de la más indecorosa familiaridad, saltando sobre el pacífico monarca é insultando su apocamiento y su condición pacífica. Acudieron nuevamente á Júpiter, y este les envió una cigüeña, que paseándose de un lado al otro del estanque iba devorando cuantos vasallos se presentaban. Aquí fue el lamentarse de las ranas; aquí el dirigir nuevas súplicas al cielo... El soberano de los dioses no hizo caso de ellas... y las dejó á merced de un tirano en castigo de no haber podido sufrir á un buen rey (4).»

«Cuán pesadamente cae toda la verdad de esa fábula sobre el corazón de un francés! ¡Qué al vivo retrata la historia de esa nación!

La Francia además de su inmortal fabulista se gloria de poseer otro que vió muy de cerca las desgracias de la revolución. Mr. de Nivernois no tiene la naturalidad de Esopo, ni la sencillez de la Fontaine; pero su estilo está lleno de precisión y elegancia, y en él se revela el poeta que ha llegado á envejecerse en los círculos de la buena sociedad.

LA MARIPOSA Y EL AMOR.

Fábula.

«Cierta día la mariposa daba quejas al amor diciéndole: ¡Qué singular capricho es el vuestro! Si hay en el mundo dos seres que verdaderamente hayan nacido el uno para el otro, somos vos y yo: entre nosotros es idéntica la semejanza. Convenid de buena fe en que nadie sino yo debería guiar la vagabunda carrera de vuestro ligero carro. Pero vos empleáis en ese objeto á la más constante de las aves. Dejad que vaya el pichón á arrullar en torno de Himeneo, y dignaos uncirme á vuestro carro, para que el mundo nos vea volar sin más guía que el capricho. Amiga mía, contestó el amor, discurre perfectamente, sabes que te amo, aunque no sea más que por la identidad de vuestras inclinaciones; pero guardémonos bien de presentarnos nunca juntos, porque entonces podíamos dar por acabados nuestros triunfos. No hay verdadera dicha sino en la constancia; yo engañé á los mortales presentándome guiado por las aves que son el

(1) Obras de Parny.

(2) Mr. de Parny nació en la isla de Borbon.

(3) HORAT., lib. II, oda XIII.

(4) Esopo, fab. XIX.

símbolo de ella; sino me valiera de esta apariencia, sino engañara, ay amiga mía, mis aras se quedarían abandonadas (5).»

Ya es tiempo de presentar al lector una preciosa reliquia de la literatura de aquellos tiempos. Todo el mundo conoce á Solon (a) como legislador; pero, como poeta, no es conocido más que de un reducido número de literatos. Consérvanse muchos fragmentos de sus elegías, que voy á traducir ó á extraer según su respectivo mérito.

«Ilustres hijas de Mnemosyna y de Júpiter Olímpico! ¡Musas que habitáis en el Parnaso! Oid mi súplica. Haced que los dioses inmortales me concedan la felicidad, y que nunca me haga indigno de la consideración que se merece un hombre honrado. Haced que pueda yo siempre ser amable y placentero con mis amigos, y severo y sombrío para sus enemigos, pareciendo tan amable á los unos como terrible á los otros.

«Un poco de oro colmaría mis deseos; mas no lo quiero si ha de ser precio de una injusticia que tarde ó temprano halla su merecido castigo. Las riquezas que los dioses dispensan son duraderas; pero las que los hombres acumulan.... no parece sino que ellas les siguen á despecho y no tardan en desaparecer dejando en su lugar la infelicidad.... Detestable es el triunfo del crimen: Dios es el supremo fin de todas las cosas.

«Semejante al viento que agita las olas del mar hasta en las profundidades del abismo, y que después de haber asolado los campos se remonta súbitamente á los cielos, morada de los inmortales y restablece inesperadamente la serenidad, haciendo que el sol sonría amorosamente á la tierra después de disipadas las nubes; tal es la venganza de Júpiter.

«Tú que en lo íntimo del corazón ocultas el crimen no presumas permanecer siempre desconocido. El castigo va en pos de tí ó muy inmediato, ó suspendido sobre tu cabeza. Si la divina justicia no te alcanza, día vendrá en que tus hijos inocentes pagarán los atentados de su criminal padre. ¡Ah! Todos, buenos y malos, estamos en la inteligencia de que nuestra opinión es la mejor, hasta el momento que conocemos que nos ha sido perjudicial. Entonces nos quejamos de los dioses, como si ellos tuvieran la culpa de habernos entregado á locas esperanzas....»

El poeta prosigue pintando la imbecilidad humana: el enfermo incurable creyendo alcanzar la salud, el pobre esperando riquezas; unos confiando su vida á merced de las olas, otros desgarrando el seno de la tierra, etc.

«El destino dispensa los bienes y los males; no podemos evitar el fin que él nos prepara. En las mejores acciones hay peligro. Muchas veces los proyectos del sabio fracasan, en tanto que los del insensato llegan á buen término.»

El siguiente pasaje ofrece extremado interés porque pinta la situación moral de Atenas en el momento de la revolución.

«No perecerá la ciudad de Minerva por rigor de los hados sino por la influencia de sus propios ciudadanos. Pueblo y autoridades insensatas que ni podéis poner coto á vuestros deseos, ni gozar en paz de vuestras riquezas, en fuerza de crímenes os vais haciendo acreedores á la desgracia!.... Sin respetar el sagrado derecho de la propiedad, ni del tesoro público, cada cual se apresura á despojar el bien del Estado, sin el

(5) *Diario de Peltier*, núm. 75.

(a) Tiene indudablemente esta fábula cierta especie de elegancia, pero en vista de ella y de las demás composiciones que acabo de citar, no puedo menos de preguntarme ¿á qué contribuirían todas esas citas de poetas elegidos, y ese curso de poesía anacrónica para hablar de la revolución?

menor cuidado de las sacrosantas leyes de la justicia. Pero entre tanto esta justicia pesa vuestros hechos pasados, observa lo presente y así que vea colmada la medida del crimen descargará su inexorable brazo sobre vosotros. Esta es la causa primordial de todos los males de un Estado: este es el delito que se paga con la esclavitud, este es el que enciende el fuego de la guerra civil que devora la juventud. ¡Ah! la amada patria se ve asaltada repentinamente de enemigos; se dan y se pierden batallas, triste origen de lágrimas, y el miserable pueblo cargado de cadenas pasa á ser esclavo de los extranjeros.»

Solon concluye exhortando á sus ciudadanos á mudar de costumbres, y recomendándoles ante todo la justicia: «Esa madre de las buenas acciones, que pone freno á la violencia; templá la exaltación; corrige las leyes, reprime el entusiasmo y sirve de dique al torrente de la exaltación (1).»

Esas elegías políticas (permítaseme la expresión) van acompañadas de otras composiciones de distinto género. Del paralelo entre su pasaje acerca de la vida del hombre y las estancias de Juan Bautista Rousseau, sobre el mismo asunto podran resultar algunas reflexiones llenas de interés.

«Júpiter, dice Solon, da los dientes al hombre durante los siete primeros años de su vida. Antes de recorrer los otros siete le anuncia su virilidad. En el siguiente período hace que sus miembros se desarrollen y cubre su barba de bello. La cuarta época le ve llegar al apogeo de su vigor, y hace brillar su denuedo. En el período de la quinta le obliga á solemnizar la pompa nupcial, y á crearse una posteridad. En la sexta su ingenio se halla apto para todo, y no rehusa sino el trabajo material de manos. Durante la séptima llega al mayor grado de sabiduría y elocuencia y en la octava adquiere el conocimiento del corazón humano. Al llegar la novena época se nota rápidamente el descenso. El que haya recorrido los siete últimos años de su carrera, no acuse á la muerte de haberle cogido de sorpresa (2).»

ODA AL HOMBRE.

«¿Qué es el hombre durante su vida sino un perfecto espejo de dolor? Sus llantos, sus quejidos al venir á este mundo, ¿qué otra cosa son más que anuncios de las calamidades que le esperan?

«En la época de la niñez todo son lágrimas, maestros de triste catadura, libros de todos colores y castigos de todo género.

«La impetuosa y ardiente juventud lo coloca todavía en peor situación. Entre acreedores y queridas se ve atormentado como un presidiario.

«En la edad madura principia un nuevo combate al verse estimulado por la ambición, el afán de riquezas, el cuidado de la familia y la ambición no le dejan un momento de reposo.

«Al llegar á la vejez todos huyen de él, y lo desprecian: por otra parte le asaltan de tropel la tos, la gota y el mal humor que no le dejan de día y le acompañan de noche.

«Por colmo de miseria cae en poder de la muerte, conociendo que nadie le echará de menos. ¿Merecía esto la pena de haber venido al mundo? (3).

Solon y Juan Bautista no debieron sin duda representar un mismo hombre, y se valieron de distintos modelos. El primero trabajó con arreglo á lo bello

(1) *Poet. Minor. Græc.*, p. 427.

(2) *Poet. Minor. Græc.*, pp. 451-55.

(3) Si alguna vez reproduzco pasajes demasiado conocidos debe tenerse presente que no tengo tanto empeño en presentar composiciones nuevas, como en citar las que pueden arrojar alguna luz sobre las causas de la revolución, comparando las épocas en que se publicaron, y que además yo me hallaba en país extranjero

ideal antiguo, y el otro se sujetó á las formas góticas de su siglo. En sus obras dejaron huellas del espíritu que les animaba.

Sensible me es tener también que decir que el severo autor de las leyes contra las malas costumbres, el restaurador de la virtud en su patria, Solon por decirlo de una vez, manchó la santidad de legislador con el desenfreno de su musa. El tiempo ha devorado sus escritos; mas aun se conserva escrupulosamente su memoria y algunos renglones que aunque inocentes revelan su amor á los placeres.

«Por tí, reina desde hace mucho tiempo en estos sitios.

«Pero que Venus, la del seno perfumado de violetas, me haga montar en un ligero buque y me aleje de esa isla célebre. Que en recompensa del culto que le he tributado, me conceda volver cuanto antes á mi patria.

«Gratos me son los favores de Venus y de Baco, así como los de las Musas que inspiran amables locuras» (4) (a).

He aquí como el autor del *Contrato Social* y del *Emilio* escribió en este género.

«¡Muramos, dulce amiga mía! ¡muramos, adorada de mi corazón! ¿Qué he de hacer de una juventud insípida, cuyas delicias hemos agotado por completo? No, no son esos arrebatos lo que más echo de menos.

Devuélveme esa íntima unión de las almas que tú me habías anunciado y que positivamente me has hecho saborear: devuélveme aquella tan dulce languidez, colmada por la efusión de nuestros corazones; devuélveme aquel sueño encantador que yo hallaba en tu regazo, y aquel despertar aun más delicioso; devuélveme aquellos suspiros, aquellas ardientes lágrimas (5).»

Buen joven, que lees con ojos enternecidos este pasaje de la humana flaqueza, no te desdénese, no, de cultivar esa preciosa sensibilidad, señal la más positiva de talento, y tú, hombre perfecto, cuya irónica sonrisa me parece estar viendo, recógete dentro de tí mismo, y apláudete allá á tus solas de tu superioridad; por mi parte no te quiero ni por amigo, ni por lector (6).

CAPITULO XXIII.

LA POESIA EN ESPARTA.—PRIMER CANTO DE TIRTEO, LEBRUN.—SEGUNDO CANTO DE TIRTEO, HIMNO DE LOS MARSELLESES.—CORO DE LOS ESPARTANOS, ESTROFAS DE LOS NIÑOS.—CANTO EN HONOR DE HARMODIO, EPI- TAFIO DE MARAT.

En tanto que Pisistrato y sus hijos procuraban romper por medio de las bellas artes á los atenienses

(4) *Poet. Minor. Græc.*, pp. 451-55.

(a) Aunque en realidad estos fragmentos de Solon no tienen nada que ver con el asunto de este libro, no carecen enteramente de interés. La imbecil opinión moderna, con que la envidia procura consolar á las medianías literarias, suponiendo que no cabe distinguirse como escritor político y de asuntos de imaginación, se ve rechazada por el ejemplo de ese ilustre griego. El ser poeta no le impidió ser un gran legislador, así como tampoco le impidió á Jenofonte ser un consumado político, ni á Cicerón ser elocuente orador, y ni á Julio César su eminente estrategia. ¿Quién fue más apasionado de la literatura que Richelieu? ¿El autor del *Espíritu de las leyes* no escribió también el *Templo de Guido*? Federico el Grande empleaba más tiempo en hacer versos que en ganar batallas, y el primer ministro actual de Inglaterra Mr. Caning es poeta. (N. ED.)

(5) *Euev. Elois.*, tom. II, part. I, p. 117.

(6) ¿No es parecido este pasaje á uno de aquellos grotescos